

Hoy es martes. Durante más de una semana, o desde la mañana del jueves pasado, cuando el oscuro significado de esta extraña aventura se hizo público por primera vez, mi vida y la tranquila rutina de Royalton Manor han caído en un miserable estado de confusión. Por supuesto, era de esperar, considerando todos los detalles, y me encargué de responder cuidadosamente a todas las preguntas y repetir una y otra vez para cada funcionario sucesivo el papel que desempeñé en el prólogo del misterio.

Sin duda, la prensa de Londres estaba justificada al referirse a la secuencia de acontecimientos como el Enigma de Royalton; sin embargo, al hacerlo, despertó una curiosidad morbosa que ha hecho que mi posición sea aún más desconcertante. Porque la historia que conté, y que sé que es cierta, ha sido calificada de imposible, las divagaciones de un cerebro enloquecido.

Permítanme comenzar diciendo que, al igual que mis padres antes que yo, he vivido aquí en Royalton todos los días de mi vida, y he visto cómo la mansión se reducía de una imponente finca feudal a unos pocos edificios tambaleantes y una pequeña parcela de maleza ahogada. El tiempo y los tiempos han sido difíciles con la casa de Hampstead. Hay, o mejor dicho hubo, hasta el pasado jueves, dos de estos edificios ocupados. Ambos en un estado considerable de deterioro, había reservado el ala inferior derecha de la que en años anteriores se jactaba del nombre Cannon Tower, para mí y mis libros. La otra, una cabaña cubierta de hiedra, que antes era el cuarto del jardinero, la había entregado a una anciana unos cuatro meses antes. Su nombre era Classilda Haven.

Classilda Haven era una persona curiosa. Cien veces me he sentado en mi escritorio mirándola a través de la ventana abierta mientras cultivaba su parcela de verduras, y me he devanado la cabeza en busca de una excusa razonable para sacarla de mi propiedad. La mujer, según su propia declaración, tenía casi ochenta años; su cuerpo estaba encorvado y debilitado, y su rostro parecía brujo y feo con la marca de la edad. Pero eran sus ojos los que me molestaban, atraían mi mirada cada vez que entraba en mi campo de visión. Eran negros, de cejas pobladas, afilados y claros como los de una niña.

A intervalos, al dar mi paseo matutino por los viejos terrenos, a lo largo del muro de las ranas, como todavía prefiero llamarlo, y hasta el borde de Royalton Heath, he sentido esos ojos mirándome. Fue imaginación, por supuesto; nada más. Siempre ha habido en mi mente algo grotesco en la senilidad, algo repugnante en el desgaste gradual de todas las cualidades humanas.

Classilda Haven se acercó a mi puerta una noche a fines de abril y me preguntó con voz quebrada si deseaba alquilar la cabaña del viejo jardinero. Era una extraña en el distrito, lo sabía, y una mujer de su edad, cojeando sin refugio, era motivo para sentir lástima. Le pregunté casualmente si no tenía parientes, ni hogar; a lo que ella respondió que su hijo, su único medio de sustento, había muerto en un accidente en Londres una semana antes. Se había llevado sus pocos ahorros y se había trasladado a Royalton, donde parecía recordar que vivía un pariente lejano. Al llegar a la aldea, no había encontrado ningún rastro de él, por lo que, sin dinero, había vagado sin rumbo por el Gablewood Pike.

Por supuesto, no podía negarme a semejante súplica y, por mucho que me desagradara que interrumpieran mi soledad, le di la llave de la cabaña, le presté algunos muebles y traté de que se sintiera cómoda. A su debido tiempo, supuse, el pariente haría su aparición y la mujer seguiría su camino.

Pero a medida que la primavera se convirtió gradualmente en verano y estas cosas no sucedieron, comencé a considerar a la vieja bruja como un accesorio. No fue hasta agosto que comenzó el horror, y entonces tuve una razón imperecedera para lamentar mi filantropía.

Comenzó con Peter Woodley.

Woodley era un joven de veinte años, hijo de comerciantes aldeanos en los que me había interesado mucho. El niño aspiraba a pintar. No tenía un talento inusual, es cierto, pero sus lienzos tenían cierta simplicidad en su semejanza con los paisajes circundantes que me habían llamado la atención, y le había regalado dos o tres volúmenes de arte que habían llegado a la biblioteca de Hampstead.

Pero una mañana en particular, mientras estaba de pie en mi estudio, parecía muy emocionado y molesto. Su cabello estaba hecho un desorden salvaje, y respiraba con dificultad, como si hubiera corrido hasta la mansión desde Royalton.

—Señor Hampstead —jadeó—, ¿es verdad la historia que escuché en el pueblo? ¿No va a cambiar el muro de las ranas?

Me recliné en mi silla y lo miré.

—¿El muro de las ranas? —repetí—. Vaya, sí, Woodley, voy a hacer que lo reparen. Eso es todo. Necesita urgentemente trabajo y los albañiles vendrán mañana. Pero, ¿qué diablos?

El joven Woodley se dejó caer en la silla frente a mí y extendió las manos sobre el escritorio.

—No debe hacerlo, señor. No puede. Me prometió que podría usarlo para una de mis pinturas.

—Disculpa —dije sonriendo—. Lo había olvidado. Pero no voy a cambiar todo el muro, solo las dos secciones a cada lado de la puerta. Las piedras se han caído casi por completo y no quiero que pasen las ranas. Esa es la única razón por la que la pared está ahí, Peter. El pantano del otro lado está plagado de ranas. El muro fue erigido por mis antepasados para mantener los terrenos de la mansión libres de plagas y permitir que los Hampstead durmieran. Si lo que deseas es un entorno rústico para sus cuadros, hay muchos lugares...

—Pero no lo entiende, señor —Woodley, en su seriedad, estaba inclinado sobre el escritorio—. Hay algo al otro lado de ese muro además de ranas. Hay algo en ese pantano que saldrá, que entrará en el terreno si cambia algo en el muro. No puedo decir qué, señor. Realmente no sé qué es. Pero si hubiera estado ahí fuera de noche, a la luz de la luna, mirando la puerta como lo he hecho yo, tratando de ver cómo quería abordar mi pintura, lo sabría.

Lo miré con curiosidad a la luz matutina de mi estudio.

—El muro ya está caído en esos dos lugares —respondí—. Si hay algo en el pantano, y estoy bastante seguro de que no lo hay, ciertamente podría pasar ahora.

Woodley negó con la cabeza lentamente, mitad negando, mitad perplejo.

—No me refiero al límite físico —dijo—. No es el muro en sí. Es el espacio y el tiempo reales que ha ocupado todos estos años lo que está cambiando. Señor Hampstead, ¿no lo haga!

Naturalmente, insinuaciones tan vagas no me indujeron a revocar mi orden a los albañiles. Sin embargo, a medida que pasaban las horas, algo en el recuerdo de la actitud inquietante de Woodley me inculcó una indefinible sensación de nerviosismo.

Varias veces me sorprendí mirando por la ventana hacia los restos podridos del viejo muro de las ranas, preguntándome qué había querido decir el chico.

Me volví por fin hacia los estantes de la biblioteca de Hampstead y pasé dos horas entre los volúmenes antiguos allí, tratando de calmar mi curiosidad. Los diarios de cada residente sucesivo de la mansión seguían intactos, y sabía que incluían todas las menciones de bodegas, dependencias y habitaciones que se habían agregado a Cannon Tower durante generaciones. Sin embargo, curiosamente, aunque busqué, no pude encontrar ninguna alusión a la construcción del muro de las ranas, salvo una, de 1734, en las últimas memorias de un tal Lemuel Hampstead. Era sumamente confusa. Decía:

«El Muro de las Ranas que ordené que se construyera se terminará este día, si Dios quiere. Estoy contento de irme de este mundo y debo mi título y posesiones a mi hijo mayor. No habrá más tragedias como la que les sucedió a mi padre, Charles Ulrich, y a su esposa, Lenore. La pared será bendecida por la iglesia de la manera que he planeado, y habrá una Santa Biblia sellada en cada poste de la esquina.»

Aquí, la edad había dejado su huella en la página y la escritura se volvió indescifrable. Pero por vago y sin sentido que fuera, fue suficiente para hacerme pensar mucho.

Personalmente supervisé el trabajo de los albañiles al día siguiente. Fue un asunto prosaico. Los dos trabajadores simplemente quitaron los pedazos de piedra desmoronados de las dos secciones de la pared que flanqueaban la puerta y remendaron la abertura con ladrillos modernos. Pero se vieron obligados a mover la puerta unos metros hacia adelante debido a la condición pantanosa del suelo.

Classilda Haven se acercó a mí mientras yo miraba a los hombres mover sus paletas. Ella esbozó una sonrisa malvada y desdentada.

—Vas a cambiar el muro de las ranas, ya veo —dijo con su voz ronca—. ¿Todo?

—No, sólo dos secciones —respondí, viendo su presencia con cierta irritación.

La anciana asintió con la cabeza, y me encontré mirando de nuevo a sus extraños ojos. Eran jóvenes, esos ojos, claros y penetrantes, y parecían extrañamente incongruentes allí en el rostro arrugado como el cuero.

Se volvió bruscamente, avanzó cojeando unos pasos y, con la cabeza gacha como un pájaro, miró fijamente a uno de los obreros mientras éste colocaba cuidadosamente sus ladrillos en su sitio. Con cautela, pasó una mano venosa por la superficie recién embutida, luego miró hacia arriba y chilló:

—¿Por qué no lo derribas todo?

Forcé una sonrisa tolerante.

—No seas absurda, Classilda —dije—. Si hiciera tal cosa, el lugar sería invadido por las ranas, tu jardín también. Lo sabes.

Ella dio una respuesta extraña, una respuesta que pareció escapar de ella involuntariamente.

—Ranas —chilló, sus ojos brillaban extrañamente—. Me gustan las ranas. Me gustan más que nada en el mundo.

Peter Woodley llegó esa tarde con su caballete y su caja de pinturas. Lo vi a través de la ventana de mi estudio mientras escogía una posición cerca de la puerta de hierro, abría su pequeño taburete plegable y comenzaba a caminar lentamente de un lado a otro a lo largo del lado de la pared recién reparada.

Su agitación, que había sido tan pronunciada el día anterior, parecía haberlo abandonado, aunque no pude evitar sentir que miraba la piedra renovada con ojos resignados. Se movió varias veces antes de que aparentemente encontrara el ángulo que deseaba, luego se sentó y comenzó lo que supuse eran los contornos de carbón.

Entonces mi libro atrajo mi atención y me olvidé del muchacho durante una hora. Pero, de repente, un grito ensordecedor me arrancó de la silla. Me tambaleé por el suelo y miré a través de la ventana abierta hacia los terrenos llenos de maleza.

Peter Woodley yacía boca abajo junto a su caballete, ¡su cuerpo estaba inmóvil como la muerte!

Salí corriendo de la casa y atravesé el espacio intermedio con toda la velocidad que pude reunir. Un momento después, mientras lo examinaba, solté un suspiro de alivio. Aún estaba vivo, pero su corazón palpitaba débilmente. El agua fría aplicada en su frente y las sales aromáticas administradas en sus fosas nasales lo reanimaron alrededor de cinco minutos más tarde, pero cuando sus ojos parpadearon y me miró, un gemido de terror llegó a sus labios.

—¡Dios mío! ¡Señor Hampstead! —susurró—. ¡Lo vi! Era hermoso, pero también horrible. ¡Lo vi!

—¿Qué viste? —pregunté, frotando sus muñecas—. En el nombre del cielo, Peter, ¿qué te pasa?

Entonces luchó por ponerse de pie, se tambaleó, mareado, y se acercó a su caballete. Por un momento se quedó allí, mirando los pocos contornos de carbón en el lienzo. Luego se dejó caer débilmente en el taburete y hundió la cabeza entre las manos.

—Señor Hampstead —dijo, levantando la vista bruscamente—, prométame que nunca me dejará volver aquí. Prométame que me mantendrá alejado de los terrenos de la mansión, por la fuerza si es necesario. Nunca debo intentar pintar esa pared de nuevo, ¿comprende? Y usted, señor, ¿no podría cerrar este lugar y mudarse al pueblo?

Había una ansiedad sincera escrita en su rostro, y sus ojos seguían mirando hacia el espacio con una expresión de desconcierto y miedo que era ajena a la naturaleza normalmente tranquila del chico.

—Tonterías, Peter —respondí—. Has trabajado demasiado. Dejaste volar tu

imaginación, eso es todo. Entra y te daré un poco de brandy.

Sacudió la cabeza, murmuró algo incoherente en voz baja y luego, recogiendo su equipo de pintura, se volvió y caminó rápidamente a través de los terrenos de la mansión hacia el distante Gablewood Pike.

Durante un rato me quedé allí, viendo cómo su figura se hacía cada vez más pequeña a la luz del sol de la tarde. Su extraña actitud me desconcertó más de lo que quisiera admitir, y me perturbaron profundamente sus alusiones a «algo que había visto». Porque, obviamente, un tipo tan fuerte como el joven Woodley no se desmaya por pura imaginación. Tampoco balbucea extrañas advertencias a un hombre que le dobla la edad sin una razón.

Y luego, cuando me volví y comencé a caminar lentamente hacia la puerta de mi estudio, mis ojos de repente se enfocaron en un pedazo de tierra cerca de la vieja pared. Los obreros que reparaban esta sección, para facilitar sus movimientos, habían arrancado la maleza que crecía sin ser molestada en esta parte de la propiedad. Y allí, en la tierra recién removida, estaba la huella de una garra gigantesca con forma de pájaro.

Eran las doce y diez de esa noche cuando me encontré sentado en la cama, mirando la esfera de radio del reloj taboret. Cannon Tower estaba inmóvil como la muerte, y no se oía ningún sonido exterior, salvo el distante y lúgubre croar de las ranas más allá del muro. Incluso mientras escuchaba, ese bajo oblligato cesó abruptamente y el mundo se sumió en un pesado y sonoro silencio.

Me levanté, me calcé y me acerqué a la ventana. Curioso. Si hay algo que es seguro en mi vida, es mi profunda manera de dormir. Una vez jubilado, rara vez o nunca despierto antes de mi hora habitual. Y, sin embargo, ahí estaba yo, con los ojos bien abiertos, escuchando los golpes enloquecidos con el terror y el desconcierto de alguien que ha sido sacado de repente de las macabras fantasías de una pesadilla.

Pero no había estado durmiendo. Tampoco, estaba seguro, ningún sonido inusual había perturbado mi sueño. Los terrenos de la mansión se extendían debajo de mí, azules bajo la luz de la luna de agosto como una manta inmóvil, y más allá, vaga e indistinta, podía ver la extensión plana y estéril de Royalton Heath.

Entonces, un delgado manto de nubes se deslizó sobre la luna, oscureciendo las sombras en una umbra espesa y melancólica, y simultáneamente sucedió.

Desde el este, desde algún lugar profundo en los recovecos del pantano que se extendía más allá del muro de las ranas, se elevó en el aire quieto un grito horrible y escalofriante. Fue un grito que jamás podré olvidar, el grito de un ave de rapiña a punto de matar, mil veces magnificado, y que terminó en un chillido agudo que era

extrañamente humano.

Me quedé inmóvil allí, con los ojos clavados en la dirección de la vieja muralla, los músculos tensos como un alambre. Por un momento no vi nada, la oscuridad debajo de mí era espesa e impenetrable. Entonces, de repente, con la rapidez de un obturador de cámara, la luna rompió esa masa de nubes una vez más, y los terrenos de la mansión regresaron a su azul plateado.

El grito vino de nuevo, más cerca. El eco arrojado desde las paredes de Cannon Tower pasó en la distancia como el lamento de un alma perdida, y con un grito ahogado volví mis ojos hacia el cielo.

Muy por encima de mí, delineado contra la nube impulsada, dando vueltas como un buitre gigante en la noche, había un pájaro de tamaño colosal. La extensión de sus alas era enorme, unos seis metros de punta a punta, y su cabeza y cuerpo eran curiosamente alargados y pesados. Incluso mientras estaba allí, mirándolo con el rostro empapado de terror, giró y se abalanzó hacia mí.

Adelante, directamente hacia la Torre, aceleró como si tuviera la intención de estrellarse en pedazos contra la antigua mampostería. Luego viró bruscamente y voló hacia mi ventana.

Un instante me quedé allí, paralizado. Entonces, estupefacto y aturdido como estaba, mi mente subconsciente tuvo suficiente claridad para darme vuelta y enviarme dando bandazos de regreso a la habitación. Había una pistola de percusión centenaria en la pared derecha, montada en su funda de metal tallado, y sabía que siempre estaba cargada, una protección débil pero reconfortante en mi soledad. En la penumbra la tomé, empujé el martillo hasta el máximo, salté hacia la ventana y disparé.

Se produjo un aleteo instantáneo y violento de esas poderosas alas, un hedor abrumador de muerte y descomposición, y estrellándose en mis tímpanos una repetición de ese espantoso grito. El espectro desapareció.

Entonces el desmayo se apoderó de mí. Manchas y luces de colores extraños se arremolinaban en mi visión y me hundí de espaldas al suelo. Pero incluso cuando cerré los ojos hasta quedar inconsciente, supe, como sé ahora, que lo que había visto no era un sueño, ni el capricho de un cerebro embotado por el sueño.

¡Porque allí, con sus enormes alas emplumadas y su repulsivo cuerpo de buitre, había estado el rostro de una hermosa mujer!

Al día siguiente se produjo una fuerte tormenta eléctrica después de casi tres semanas de calor sofocante. Pasé la mañana dando vueltas por mi estudio como siempre. Afuera, el trueno estallaba y retumbaba sin cesar. Pero cuando llegó la tarde, me

negué a quedarme en casa por más tiempo, así que, poniéndome una vieja chaqueta impermeable, comencé mi paseo habitual por los terrenos de la mansión. Todavía estaba débil y temblando por mi inexplicable experiencia de la noche anterior; mi cerebro estaba desconcertado y buscando una respuesta.

La lluvia caía con fuerza desde un cielo gris y espeso, y la maleza que flanqueaba el pequeño sendero estaba empapada. Detrás de mí, los grandes muros cubiertos de enredaderas de Cannon Tower aparecían sombríos y silenciosos.

En la puerta del muro de las ranas me detuve de repente. La barrera, siempre cerrada con grapas y cerrojos, estaba abierta de par en par, revelando un poco más allá de la extensión salvaje y ondulada del pantano. Me moví para cerrarla, pero un momento después apareció Classilda Haven, abriéndose camino hacia mí por la pendiente cubierta de juncos. Y por alguna razón desconocida vi su presencia allí con sospecha.

—Classilda —espeté—. ¿Quién te dio permiso para ir más allá de la puerta?

Su ropa y su cabello estaban goteando por la lluvia, y el desorden le daba, al parecer, una apariencia ornitoide curiosamente repugnante. Era extraño, pero nunca hasta ese momento me había dado cuenta de lo claramente aviarios que eran los contornos de su cuerpo debilitado y sus manos en forma de garra.

Ladeó la cabeza, me miró y soltó una carcajada chillona.

—He estado en el pantano —dijo—. Fui a buscar un poco de tierra para mi jardín. Esos trabajadores, tontos descuidados, lo han pisoteado.

Eché un vistazo a las ordenadas hileras de lechugas y coles que en algunos lugares habían sido aplastadas y volcadas por pies inadvertidos.

—No fueron los obreros —dije—. Me temo que fue el joven Woodley quien hizo esto. Tendré que decirle que tenga más cuidado. Viene aquí a pintar, ya sabes, a veces de noche a la luz de la luna, y supongo que no se dio cuenta, pero —agregué, recordando sus palabras y la firme decisión que había tomado después de su desmayo—, no creo que tengas que preocuparte más por él. Le disgusta el lugar y no regresará.

La vieja bruja se quedó mirándome con esos ojos juveniles y pequeños. Se escurrió un poco del agua de su vestido negro, se pasó la cesta de tierra a la otra mano y sonrió crípticamente.

—Yo creo que sí regresará, señor Hampstead —dijo, mostrando sus encías desdentadas—. Estuvo aquí anoche, pintando. Hablé con él.

La miré fijamente.



Si tanto Classilda Haven como Peter Woodley habían estado despiertos y en los terrenos de la mansión durante la noche, entonces ellos también debieron haber visto la cosa espantosa que salió volando del pantano y miró por la ventana de mi dormitorio. Todo el horror de lo que había visto, todo el terror de esa visión nocturna que las horas intermedias habían inclinado a suavizar y palidecer en mi memoria, volvió entonces, y me apoyé débilmente contra el tronco de un ciprés.

—Classilda —comencé lentamente—, ¿has visto... ?

Pero con un chasquido de sus faldas empapadas, la anciana se volvió, soltó esa risa sin alegría en falsete y cojeó hacia su cabaña.

Profundamente preocupado, me abotoné la chaqueta más cerca del cuello y continué mi caminata a través de la lluvia. Me dirigía a las afueras de Royalton Heath, donde, como era mi costumbre, me detenía un momento y contemplaba esa sombría extensión de páramo que había conocido durante tantos años. Pero esta vez mi tranquila caminata estaba destinada a ser interrumpida.

Cerca del final de los terrenos de la mansión, donde la pared de las ranas giraba abruptamente a la izquierda y se dirigía a las profundidades del pantano, me encontré con Peter Woodley. Sin sombrero y sin abrigo de ningún tipo, estaba sentado entre la maleza, ajeno a la lluvia torrencial y aparentemente a mi aproximación. En sus manos había dos cosas imposibles. Por un instante me quedé allí, mirándolo, observando sus manos mientras trabajaban diligentemente en su tarea. Luego me aclaré la garganta y hablé:

—Peter —dije—, ¿qué diablos estás haciendo con ese arco y flecha? Pensé que eras un artista, no un cazador.

Se sobresaltó como si lo hubieran pinchado con un cuchillo, se puso en pie de un salto y trató de ocultar los dos artículos sobre los que había estado trabajando. Pero, como a través de un telescopio, mis ojos se centraron en el eje de la flecha. Era la punta de flecha metálica lo que sostenía mi mirada, una cabeza larga y delgada, terminada en punta de aguja y hecha de plata.

Sin respuesta, Peter Woodley envolvió los dos artículos en un lienzo y tomó del suelo un paquete más grande, un paquete que yo no había notado antes.

—Con su permiso, señor —dijo—. Me gustaría caminar de regreso con usted a la Torre. Terminé mi pintura de la pared anoche y me gustaría saber lo que piensa de ella.

Quince minutos más tarde, inclinado sobre el escritorio de mi estudio, miré el lienzo recién pintado de Woodley. Las nubes que caían afuera habían extendido una

oscuridad prematura en la habitación, y yo había encendido dos de los candelabros. Pero incluso con esta iluminación adicional, no podía creer lo que veían mis ojos.

Durante mucho tiempo me quedé allí, mirando las marcas aceitosas del pincel, examinando el fondo y los objetos en el centro. Luego, con un grito de incredulidad, me hundí en una silla.

—¡Peter, muchacho! —exclamé—, ¿realmente pintaste esto? ¡Es una excelente obra maestra!

De repente se veía pálido y demacrado mientras se sentaba frente a mí y comenzaba a pasar los dedos distraídamente por el diseño de la mesa.

—Sí —dijo con voz apagada—, lo hice. Hay algunos toques restantes que deben agregarse antes de que se complete, pero la pintura, como ve, es el trabajo de unas pocas horas. Trabajé anoche en sus terrenos a la luz de la luna. Yo... deseo por Dios no haberlo hecho.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

Nervioso, encendió un cigarrillo y se inclinó hacia adelante en su silla.

—Señor Hampstead —dijo—, esa pintura, simplemente no puedo entender cómo fue hecha por mi propia mano. Quería pintar una imagen simple del viejo muro de las ranas con la puerta de hierro en el centro, pero mientras trabajaba allí, a la luz de la luna, algo pareció apoderarse de mí. Sentí como si una voluntad distinta a la mía estuviera controlando mis pensamientos. Pinté como nunca antes había pintado, trabajé a una velocidad tremenda, en un frenesí nervioso, y cuando hube terminado me encontré en un estado de completo agotamiento. No lo entiendo, señor —prosiguió—. A veces creo que me he estado volviendo loco los últimos días. Pero hay algo mal en esa imagen, algo terriblemente mal. Cada vez que la miro tengo la terrible sensación de que nunca debió haber sido creada.

—Tonterías, Peter —dije, mirando a través del escritorio hacia el lienzo apuntalado—. Has hecho un trabajo admirable. Francamente, no pensé que tuvieras tanto talento. Ninguno de tus esfuerzos anteriores ha mostrado algo tan inusual como esto.

Woodley se marchó media hora más tarde, pero no antes de que yo lo hubiera persuadido de que dejara el cuadro a mi cuidado.

—Me gustaría estudiarlo si no te importa —dije—. Estoy planeando ir a Londres el próximo mes, y tal vez quiera llevarlo. Quizás pueda presentarlo en un concurso, o si no, encontrar a alguien que quiera comprarlo.

Parecía poco afectado por mis palabras.

Por lo general, cualquier cumplido que pudiera hacer a su trabajo habría sido recibido con entusiasmo juvenil y aprecio por mi interés. Pero ahora estaba allí, en la puerta, con las manos colgando a los costados, los ojos bajos como si estuviera siendo oprimido por una nube mental.

Cuando se hubo ido, cerré con cuidado todas las puertas de mi estudio, volví a mi escritorio y moví el cuadro unos centímetros más atrás, donde no había posibilidad de que las sombras me impidieran verlo. Luego arrastré el pesado sillón hasta el centro de la habitación, hasta una posición de unos cuatro pies directamente delante del escritorio, me senté y fijé deliberadamente mis ojos en el lienzo.

Confieso que en ese momento no había nada positivo en mi mente que explicara mis acciones. Pero desde el primer momento en que miré la imagen, me di cuenta de que el extraño discurso del joven Woodley no era el resultado de una imaginación exagerada. Definitivamente había algo mal con la pintura. Sin embargo, no pude ver nada en la presentación del óleo más allá de una escena simple y familiar.

Esa escena había sido bellamente realizada, es cierto. Allí estaba el viejo muro de las ranas y la masa negra de la enorme puerta con la mancha borrosa del pantano de fondo. El colorido y el efecto de la suave luz de la luna se habían logrado con un arte poco común, y no parecía posible que un joven tan inexperto y sin formación como Peter Woodley hubiera manejado un pincel con tanta delicadeza. Mientras más lo miraba, tuve la impresión de que estaba contemplando algo indescriptiblemente maligno.

Durante unos diez minutos permanecí allí, estudiando cada marca del pincel en el resplandor parpadeante de los dos candelabros. Luego, abruptamente, actuando por impulso, crucé la habitación y desenganché el espejo de marco largo que adornaba la pared más alejada. Coloqué la pintura en ángulo, sobre la esquina derecha del escritorio. Y en la esquina opuesta, a lo largo en un ángulo paralelo, coloqué el espejo.

Volviendo a mi silla, ajusté mi posición ligeramente, luego miré fijamente el reflejo en el espejo. Más allá del hecho de que la visión era el reverso habitual del original, no hubo cambios.

Pero un instante después, con un grito ahogado, salté de la silla y, boca abajo, apreté los ojos contra el espejo. ¡En nombre de Dios, lo que había visto no podía ser verdad! Fue un truco de mis pensamientos, una imagen mental proyectada en la monótona soledad por un recuerdo aún persistente y desconcertado. Pero no...

Claramente enfocado en el espejo estaba el reflejo de la pintura al óleo de Peter Woodley. Pero mis ojos habían captado un ángulo diferente, la perspectiva había

cambiado, y donde antes había visto solo la semejanza del muro de las ranas y la puerta de hierro, ¡el pantano era el rostro de una mujer! Fue asombroso e increíblemente hermoso. El rostro de una mujer, con cabello negro brillante, devolviéndome la mirada en silencio, rasgos griegos y labios que se curvaron en una leve sonrisa burlona; un rostro exquisito pintado con la belleza clásica pero con extraños ojos penetrantes que parecía recordar haber visto una y muchas veces antes.

Me quedé allí, mirando fijamente el espejo. Luego tomé la licorera, me serví un vaso de whisky fuerte y sin diluir y me dejé caer aturdido en la silla. Mi cerebro daba vueltas y vueltas, mi corazón latía como un martillo.

Habría sido un enigma de lo más curioso, esta ilusión óptica, este uso accidental de la doble perspectiva, incluso si hubiera mirado un objeto reflejado que era nuevo y extraño. Pero cuando me detuve para darme cuenta de que lo que vi allí no solo era familiar sino que estaba grabado en mi cerebro en un horrible recuerdo del pasado inmediato, toda la visión cobró vida con horribles posibilidades.

¡Porque el rostro de la mujer que me miró desde el reflejo era el mismo que había visto en la cabeza de ese repugnante monstruo volador que se había asomado a la ventana de mi dormitorio la noche anterior!

No comí esa noche. Mientras el crepúsculo se convertía en noche y los truenos y la lluvia se apagaban, me senté junto a la ventana de mi estudio, mirando hacia los terrenos que goteaban, aspirando profundamente en mi vieja pipa Hoxton. Las horas pasaron lentamente. A las diez en punto, la última nube que quedaba había abandonado el cielo y la luna estaba alta y clara.

Entonces me levanté, y todavía fumando furiosamente, salí de Cannon Tower y atravesé la salida del jardín hacia los terrenos de la mansión. En contraste con la penumbra de la tarde, el camino que tenía ante mí ahora era brillante bajo la luz azul y estaba cubierto con curiosas sombras elípticas del verdor que sobresalía. En el pantano, las ranas, aún sin saber el cese total de la tormenta, guardaron silencio.

Caminé lentamente, con la cabeza gacha, inmerso en mis pensamientos. Cuando llegué a la puerta alta en la pared, me detuve un momento, reflexionando sobre lo perfectamente que el joven Woodley había captado la escena iluminada por la luna en su pintura. Luego, sabiendo que dormir sería imposible dadas las circunstancias, me acerqué a un viejo tocón de árbol, limpié el agua de lluvia de su superficie con mi pañuelo y me senté.

No sé cuánto tiempo estuve allí en la penumbra. La luna se movió alto en los cielos y comenzó a descender hacia el oeste. Llené y encendí mi pipa varias veces.

Pero, de repente, el chasquido de una ramita me sacó de mi ensueño, y me volví para

ver a Classilda Haven avanzando lentamente por el camino. La miré casualmente. Luego me senté muy erguido, me acurruqué más atrás en la sombra y miré con una creciente sensación de perplejidad. ¿Qué estaba haciendo la vieja bruja en el terreno a esta hora? ¿Y por qué se acercaba como una serpiente cautelosa, mirando por encima del hombro a cada paso para ver si la seguían?

Un momento después, estaba presionado contra el tronco de un ciprés, los músculos tensos para prestar atención. Con una última mirada detrás de ella, Classilda Haven se había acercado a la puerta de hierro, quitó el pestillo y la abrió lentamente. En un instante vaciló, con la cabeza ladeada, escuchando. Luego pasó por la abertura y desapareció en dirección al pantano. Durante un cuarto de hora mantuve mi posición, esperando a que ella regresara. En un rincón de mi cerebro comenzaba a surgir una vaga sospecha, y busqué una respuesta a las extrañas acciones de la mujer.

¡Entonces sucedió! La puerta de hierro se abrió de nuevo, lentamente, y una figura entró en las sombras. No era Classilda Haven. Era una mujer que no se parecía en nada a la vieja bruja. Era joven, alta, vestida de un blanco vaporoso, con el pelo largo azabache que le caía en cascada por la espalda. Un momento se detuvo allí, con la mano en el pestillo. Luego se trasladó a la luz de la luna abierta, y me sobresalté, electrificado.

Esa cara de nuevo, divinamente hermosa con una tez satinada, labios carmín y ojos negros y penetrantes. ¡La misma cara que había visto volando en la noche y otra vez en la perspectiva cambiada del cuadro de Peter Woodley! ¿Me estaba volviendo loco?

La mujer pareció deslizarse lentamente hacia adelante, flotar por el sendero como si sus pies estuvieran pisando el aire. En ese momento se acercó al muro de las ranas, levantó un brazo por encima de la cabeza y empezó a moverlo hacia arriba y hacia abajo, de un lado a otro, en largos arcos amplios.

¡Estaba escribiendo! ¡Escribiendo con tiza!

Vi eso cuando la luz de la luna que atravesaba los árboles enfocó la mampostería desmoronada y la figura silenciosa en relieve azul. Cuidadosamente formados en curiosas líneas, los símbolos tomaron forma. Completada la palabra, la mujer dio un paso atrás y la estudió detenidamente. Miré desde mi posición oculta detrás del árbol y leí:

CELAENO.

La palabra de tiza pareció brillar como fuego blanco contra la oscuridad gris de la vieja pared, y aunque por el momento no pude comprender su significado, tocó una cuerda sensible en algún lugar de mi memoria. Celaeno.

Había algo extrañamente imposible en todo esto. De pie, en lo profundo de la sombra del enorme ciprés, con mi pipa sin encender apretada con fuerza entre mis dientes, sentí como si estuviera viendo la escena desde la puerta de otro mundo. La mujer se movió más abajo de la pared hasta una posición al otro lado de la puerta de hierro. De repente se detuvo de nuevo, levantó la tiza y garabateó en esas mismas letras:

CELAENO.

Entonces pensé que, sin saberlo, había dado a conocer mi presencia, porque la mujer, al completar la última letra, se dio la vuelta y volvió esos ojos penetrantes directamente en mi dirección. Pero era otro sonido que había oído, un sonido de pasos lentos que avanzaban por el camino, cada vez más fuerte, como la cadencia rítmica de un mazo amortiguado. Un instante después, otra figura apareció en escena y una nueva ola de desconcierto se apoderó de mí. Era Peter Woodley, con una vieja bata verde, los ojos cerrados y los brazos estirados rígidamente ante él a la manera de un sonámbulo. Avanzó directamente hacia la mujer de blanco, paso a paso.

—Ya voy, Celaeno —susurró—, Celaeno... te amo.

A medida que se acercaba, una leve sonrisa se dibujó en los labios de la mujer. La vi a la luz de la luna. Y ella se inclinó hacia adelante, agarró al muchacho por el brazo derecho y comenzó a conducirlo hacia la puerta.

Pero allí, cuando la puerta de hierro se abrió por sí sola, Woodley sufrió un cambio. Sus ojos parpadearon, su cuerpo se puso rígido y un grito ronco sonó en lo profundo de su garganta. Al instante pareció darse cuenta de lo que estaba sucediendo. Apartó el brazo del agarre de la mujer, se volvió y, con un grito de terror, comenzó a correr por el sendero hacia el Gablewood Pike.

Transfigurado por una hipnosis interior, me quedé allí, mirándolo. Huyó como un ciervo, corriendo salvajemente a través de los espacios abiertos a la luz de la luna, con las faldas de su bata verde arremolinándose detrás de él. Y cuando volví a mirar la escena que tenía ante mí, habían sucedido tres cosas inexplicables.

La mujer de blanco había desaparecido; la puerta de hierro estaba cerrada con llave y asegurada desde el exterior; ¡Y las dos palabras de tiza garabateadas en el muro de las ranas ya no estaban allí!

Peter Woodley abrió de golpe la puerta de mi estudio a la mañana siguiente y entró en la habitación sin llamar. Estaba agradecido de que hubiera venido. Había mil preguntas que quería hacer. Me di cuenta de que era hora de hablar abiertamente. Pero Woodley hizo a un lado mis comentarios preliminares con un gesto de su mano.

—Mi pintura —gritó—. ¿Dónde está? ¡Voy a destrozarla poco a poco y tirar los pedazos

al fuego! ¡Dámela!

Me puse de pie, caminé hacia la ventana y le respondí

—Se ha ido —dije—. La tenía bajo llave aquí, en la vieja vitrina. Cuando bajé esta mañana, encontré las puertas aún cerradas, pero la imagen había desaparecido.

Parecía estar al borde de un colapso total mientras estaba allí balanceándose.

—Se fue —repitió con voz lejana—. Es esa pintura la que lo causó todo, señor Hampstead. Es una red, una telaraña que me ha enredado y me ha puesto bajo su poder. Desde que la terminé no puedo evitarlo. Casi sucumbí anoche. Ella era hermosa . ¡Dios, qué hermosa! Pero cuando pienso en el estado de mi brazo...

—¿Tu brazo? —repetí—. ¿Qué quieres decir?

Me miró un momento como si dudara en decir algo más. Luego, de repente, se quitó el abrigo y se echó hacia atrás la manga de la camisa.

—No he ido al médico todavía —dijo lentamente—. Pero sé que los medicamentos no pueden hacer nada por mí. Esto no es una dolencia física.

Di un paso más cerca y luego, de repente, retrocedí, una oleada de náuseas me invadió.

—¡Dios! —susurré—. ¿No es una dolencia física? ¿Estás loco?

Desde el codo hacia abajo, la carne del brazo derecho era una horrible masa ennegrecida, con las venas en una prominencia lívida y la mano arrugada como en las últimas etapas de la gangrena.

—Pero, Peter, ¡ayer! —empecé con voz temblorosa.

Asintió sin vida.

—Ayer —respondió—, ese brazo estaba bien. Lo encontré así cuando me desperté esta mañana. Señor Hampstead, ¿no se da cuenta de a qué nos enfrentamos?

Tomé la copa de brandy y bebí un poco con los labios temblorosos.

—¿Me estoy volviendo loco, Peter? —pregunté finalmente—. ¿Estamos los dos locos? Nada de eso parece posible, como un extraño sueño que se ha hecho realidad.

Woodley se volvió bruscamente y se acercó a la biblioteca en el lado más alejado de la

habitación. Allí recorrió lentamente con la mirada la serie apilada de volúmenes antiguos. Por fin tomó uno y regresó con él al escritorio.

—Estuve aquí ayer por la mañana cuando todavía estabas en la cama —explicó—. Sabía que podía encontrar lo que estaba buscando en su biblioteca, y quería verificar mis sospechas. Señor Hampstead, cuando lea esto, debe creer. Debe ayudarme. Juntos tal vez podamos liberarnos.

El volumen que había dejado sobre el escritorio ante mí era significativo en sí mismo. Era una copia del Restitución de la inteligencia deteriorada de Richard Verstegan, esa obra maligna, prohibida hace mucho tiempo por los temerosos de Dios por haber sido inspirada por Satanás. Hasta ese momento nunca me había dado cuenta de que existía en mi biblioteca, pero por la firma entendí que debía haber entrado en mi propiedad como parte de la colección de Lemuel Hampstead, mi antepasado del siglo XVIII. Woodley lo abrió en una página del medio y, inclinándome hacia abajo, leí:

«Y Neptuno y Terra tuvieron tres hijas. Y sus nombres eran Celaeno, Aello y Ocypete. Pero ¿estaban las hijas malditas, esos monstruos alados, con rostro de mujer y cuerpo de buitre? Emitían un olor contagioso y echaban a perder todo lo que tocaban, dejando atrás su inmundicia. ¡Eran arpías!»

Con un grito ahogado, eché la silla hacia atrás y me puse de pie de un salto.

—¡Arpías! —grité—. ¡Dios del cielo!

¡Arpías! ¡Esos fabulosos monstruos, criaturas del mal que se deleitaban en llevar a los mortales de esta tierra al infierno en una tortura eterna! Arpías, horrores alados de la mitología clásica, a veces con rostro de bruja, a veces con cuerpo y rostro de mujer hermosa. ¿Era posible que tales fantasías fueran más que las creaciones mentales de los filósofos griegos y realmente existieran en nuestro propio mundo?

En un remolino de confusión, las piezas del misterio comenzaban a tomar posición en mi cerebro. Solo entre mis antepasados, Lemuel Hampstead había sentido el espantoso peligro que acechaba en ese antiguo pantano, y con el pretexto de mantener a las ranas fuera de los terrenos de la mansión había erigido un muro protector. Recordé el pasaje descolorido que había leído en sus memorias:

«La pared será bendecida por la iglesia y habrá una Santa Biblia sellada en cada poste de la esquina.»

Ahora entendí por qué los dos residentes de la mansión, anteriores a Lemuel Hampstead, Charles Ulrich y su esposa, Lenore, habían llegado a finales tan oscuros y horribles, la mujer muriendo de «una extraña enfermedad que hizo que su rostro y sus manos se ennegrecieran y pudriera», y «el cuerpo del hombre que se encuentra en las



profundidades del pantano con los ojos arrancados de las órbitas y la cabeza cortada con marcas de garras»,

Se me ocurrió una idea y me volví hacia Peter Woodley.

—¡Classilda Haven! —grité—. Classilda Haven, es ella.

Él asintió.

—Lo he sospechado durante mucho tiempo —dijo—. Pero hay dos más. Siempre son tres. Son el espíritu de los vientos de tormenta. Se dice que su lugar de origen está en Creta, pero pueden moverse por el mundo a la velocidad de la luz. Son la personificación del mal clásico, creado quizás por imágenes mentales masivas hace mucho tiempo, y todavía existen.

—¡Classilda! —repetí, aturdido—. ¡Oh, qué maldad!

Me levanté.

—Me voy a su cabaña.

Woodley negó con la cabeza lentamente.

—No la encontrarías ahora —dijo—. Pero incluso si lo hicieras, nada puede dañarlas mientras estén en forma humana. No, debemos esperar.

Giró sobre sus talones, salió de la habitación un momento y regresó con un largo tubo de lona enrollada. Al abrirlo y sacar su contenido, vi que sostenía el arco y la flecha en los que lo había visto trabajar en el terreno el día anterior.

—Están terminados, señor —dijo—. El único método que conozco para luchar contra ellas. Un arco y una flecha con una punta plateada. He hecho dos flechas. No sé de qué servirían incluso si acertara. Pero podemos intentarlo.

Por un momento, mientras el reloj hacía tictac a través del silencio de la habitación, nos sentamos mirándonos el uno al otro. El rostro de Woodley estaba tenso y demacrado, sus ojos estaban vidriosos, sus manos temblaban.

—Esta noche —dijo de repente—, en unas horas comenzará el horror. ¡Dios nos ayude!

Medianoche. El viento soplaba sobre el terreno con el lúgubre gemido de un arpa eólica. Estuve tendido en un grupo de matorrales, esperando... no sabía qué. A mi lado, al alcance de la mano, estaba el arco de Woodley y sus dos flechas con puntas plateadas. En mi bolsillo había una botella de metal con la cruz estampada en los

lados. Había agua en esa botella, agua bendita de la pequeña iglesia en Royalton, obtenida por Woodley temprano en la tarde como parte de nuestra débil y ciega defensa. No sabía cuál sería su efecto frente a estas pesadillas de otra teología, pero en caso de emergencia quise tenerla a mano.

Habíamos hecho planes apresuradamente en mi estudio antes de que cayera la noche. Woodley debía permanecer en la Torre, todas las luces apagadas, mientras yo, armado con esas extrañas armas, vigilaba cerca de la pared. A menos que yo gritara pidiendo ayuda, no debía mostrarse, y sólo con la mayor precaución. Había discutido mucho antes de que Woodley accediera a regañadientes a este arreglo.

—Es la juventud lo que quieren, Peter —dije—. Te quieren porque eres joven. Yo no les importo. Soy un hombre de mediana edad con una vida a medias.

El tiempo se detuvo mientras me agachaba allí. Arriba, la luna brillaba a intervalos a través de los rasgones en una flotilla de nubes aterciopeladas. Delante de mí, las ramas de los árboles arañaban la oscuridad de la noche, y las altas y muertas malas hierbas ondulaban como serpientes.

Y entonces la puerta del jardín de la Torre se abrió con un crujido y vi a Peter Woodley salir y avanzar por el sendero. Se había quitado el sombrero y el abrigo, y su rostro brillaba tan blanco como la muerte. Incapaz de entender su apariencia, le siseé una advertencia allí en las sombras.

—¡Tonto! —dije—. ¡Vuelve! No te llamé.

Mis palabras no surtieron efecto. Lenta, rígidamente, con el mismo ritmo mecánico de sonambulismo que había marcado su entrada a los terrenos la noche en que la arpía escribió su nombre con tiza, pasó a mi lado y continuó paralelo a la pared. Se dirigió directamente a la puerta de hierro y luego se detuvo.

—¡Celaeno! —gritó en voz baja—. ¿Dónde estás?

Por un momento se hizo el silencio, solo roto por el gemido del viento. Luego, elevándose en el aire de la noche, vacilante y espantoso, llegó una vez más ese grito aullante. Desde el otro lado del muro de las ranas sonó, acercándose más rápidamente. Un instante después, me había puesto de pie de un salto y estaba mirando por encima de mí. En la penumbra, en lo alto de los terrenos de la mansión, rodeó esa poderosa forma: ¡un pájaro gigante, parecido a un buitre, con grandes alas negras puntiagudas y la cabeza y el pecho de una mujer! ¡Una arpía!

Con el corazón acelerado, la vi flotar allí, llevada de un lado a otro por el viento furioso. Entonces mis ojos se volvieron más a la izquierda y me eché hacia atrás con un grito de horror. Había dos más de las repugnantes criaturas, y estas descendían

directamente hacia mí. Paralizado, alcancé a vislumbrar rostros femeninos con rasgos exquisitos, cabello negro largo y ondulado y malignos labios carmesí. Luego, una garra afilada rasgó mi pecho y rompió mi abrigo en jirones. Golpeé locamente, sentí mis puños golpear profundamente en la extensión plumosa de sus alas, golpeé de nuevo y caí, abrumado por sus cuerpos.

Fue un momento de locura. Luché con cada gramo de fuerza que poseía, con el terror golpeando profundamente en mi alma. Rodé una y otra vez, busqué desesperadamente liberar mi mano derecha y sacar la botella de agua bendita.

Un hedor nauseabundo de muerte y descomposición me abrasó la nariz. Mi cara y mi cuerpo sangraban por cientos de lugares y estaba perdiendo rápidamente mi fuerza. Pero de repente una de esas garras afiladas cedió a mis frenéticos golpes y, con una estocada, moví mi mano hacia un lado, agarré la botella, descorché su pico y arrojé el agua frente a mí.

El resultado fue catastrófico. Las arpías dieron un salto hacia atrás y se quedaron mirándome, los rostros de las mujeres se retorcieron en expresiones de odio absoluto. Nuevamente hice girar la botella, esta vez derramando parte del contenido en sus ojos.

Hubo un doble chillido de rabia. Los monstruos corrieron torpemente hacia atrás, vacilaron un momento, luego volaron y huyeron.

Por un momento me apoyé jadeando contra el tronco de un árbol. Luego, cuando me di cuenta de que el horror aún no había terminado, me volví, agarré el arco y las flechas con puntas plateadas y corrí hacia el terreno. Cerca del final de la propiedad, mucho más allá de la puerta, las vi de nuevo. Volaban muy por encima de mí, tres formas titánicas grabadas en negro contra el cielo iluminado por la luna. Y en las garras de uno de ellas, sostenido por su cabello, colgaba el cuerpo de Peter Woodley.

Con manos temblorosas, coloqué una flecha en la cuerda del arco y apunté hacia arriba. Tiré hacia atrás hasta que el arco se dobló casi en dos, luego lo solté. Silbó hacia arriba, pasó junto a uno de los monstruos y falló.

Jadeando, murmurando una oración en voz alta, agarré la segunda flecha y me dispuse a disparar de nuevo. Pero las arpías habían sentido su peligro, habían dejado de dar vueltas y con gritos enfurecidos se dirigían hacia el muro de las ranas y el pantano distante. Di una última mirada frenética por encima de mí, apunté rápidamente y solté esa última flecha. Hacia arriba aceleró, una saeta reluciente a la luz de la luna.

Y de repente la noche se volvió espantosa con los gritos y chillidos del monstruo herido. La criatura revoloteó y giró como un trompo. Abrió sus garras mientras se tambaleaba hacia el pantano, y el cuerpo de Woodley, liberado, cayó hacia abajo,

directamente sobre la parte superior irregular de la pared de las ranas.

Un instante después estaba al lado del chico, inclinado sobre su cuerpo destrozado y cubierto de sangre. Abrió los ojos mientras yo levantaba su cabeza en mis brazos.

—Gracias, señor Hampstead —susurró—. Era la única manera.

Cayó hacia atrás con un suspiro, y yo estaba solo con el cadáver de Peter Woodley.

Aquí hay poco más que contar. Nadie me creyó. Los aldeanos miran con curiosidad mi cabello blanqueado y se encogen temblando cuando me encuentro con su mirada. El médico del distrito me toma el pulso, examina mis córneas y menea la cabeza, perplejo. Y la policía continúa buscando en el campo algún rastro de Classilda Haven.

¡Tontos! Los llevé a la cabaña y les mostré el vestido de seda negro, clavado como está en el centro del piso por una flecha de punta plateada. Los llevé a esa sección de la pared de las ranas, cerca de la puerta de hierro, y tracé lentamente, letra por letra, las líneas tenues, casi borradas, que una noche de luna deletreaban con tanta claridad la palabra Celaeno. Y coloqué sobre la mesa el espejo de pared y el cuadro de Woodley, que se había encontrado en algún lugar de las profundidades del pantano, los coloqué en sus ángulos adecuados y señalé el extraño rostro de mujer que miraba hacia atrás en silencio desde la perspectiva cambiada.

Pero en cada caso solo me miraron con tristeza y murmuraron:

—Pobre, no hay nada ahí.